

EL JOHNNY ES AMOR

Nadie como él para conducir a velocidad extrema su GM, con carrocería Havre; quién como él para rebasar por cualquier costado en maniobra imposible en medio del más feroz embotellamiento en las horas pico. Quién puede dudarlo, el Johnny era el rey del volante. Lástima que nació en una cuna humilde, pues de lo contrario bien pudo haber emulado, qué digo emulado, ¡superado!, las hazañas de un Moisés Solana, de los inolvidables hermanos Pedro y Ricardo Rodríguez; todos ellos fallecidos, por cierto, montados en la cabina de un monoplaza de competencia, como casi también el mismo Johnny acabó sus días. Bueno, quizá digan que exagero al comparar el Lotus Ford Fórmula Uno en que perdió la vida Ricardo Rodríguez, con el minibús de el Johnny; pero hay razones para decirlo sin pudor alguno. Pongo como muestra la velocidad que alcanzaba el pesero del Johnny, gracias a los turbocargadores que le adaptaron, la manera como su tubo de escape cromado

* Jefe del área de reportaje periodístico del Departamento de Humanidades, UAM-A.

con cuidadoso esmero expulsaba en gran estruendo y celeridad los gases de la combustión interna, y sobre todo el exquisito diseño de los rines de las cuatro llantas: lujosamente cromados con puntas afiladas de acero para destazar los neumáticos de cualquier ingenuo que intentase cerrarle el paso en su carrera al gran Johnny; no nos hacen más que equiparar cualquier modelo de competencia de Fórmula Uno con el vehículo 68426 de la ruta 6 “Tlaxcoaque-Merced-Jamaica-Chabacano”, que como nadie llegó a conducir nuestro nunca bien poderado rey del asfalto citadino.

Cómo olvidar la manera que con pericia sin igual, el Johnny enfrentaba a trolebuses, pick-ups, camiones repartidores e incluso motopatruillas de la dirección General de Tránsito. ¡Era invencible! ¡Incomparable! ¡Único!

Hasta hoy día, nadie ha superado el récord de número de recorridos por día a lo largo de nuestra ruta, impuesto por el Johnny y que alcanza la cifra de veintisiete. Por poner un ejemplo: en un día tranquilo, sin mucho tráfico vehicular, yo alcanzo a dar una docena de recorridos en una jornada de ocho horas, sin descansar.

Pero el destino le tenía reservada una sorpresa inaudita: su pasión desmedida por romper récord y por vencer a toda costa los límites, las fronteras que separan al simple conductor citadino con un as del volante, le llevó a un a todas luces prematuro encuentro con la muerte.

Un diecisiete de junio, horas después de celebrada la peregrinación anual de nuestra ruta a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, sobrevino el fatal desenlace. En la vía rápida de Río Consulado, conocida técnicamente como Circuito Interior, a la altura del puente que cruza el llamado Eje Central Lázaro Cárdenas, el Johnny, en su impulsivo y nato deseo de vivir a toda velocidad, perdió el control del vehículo y en una espectacular caída desde el puente, que todos los periódicos consignaron al día siguiente, perdió la vida. Murió como los grandes, como Ayrton Senna: aferrado al volante y de manera casi instantánea.

Todo el gremio lo lloró, incluso los taxistas, enemigos acérrimos de nuestra hermandad llegaron a reconocer en él, el día de su sepelio, al hombre fuera de serie.

Ninguno de nosotros, y desde luego su familia tampoco, se resignó tan fácilmente a esa irreparable pérdida. Así que juntos decidimos poner en nuestras unidades una imagen de nuestro líder y guía. Surcábamos la ciudad con su efigie como santo y seña y un lema que hoy más que nunca cobra sentido: “EL JOHNNY ES AMOR”.

Y es verdad; a las pocas semanas de su deceso, su familia, su novia, su amasia, su ex mujer, sus pequeños hijos y todos los que le conocimos y tuvimos el privilegio de tratarlo y conocerlo nos inundamos de una fe, de una bondad y de un sentimiento de plenitud inconmensurable. Así que decidimos erigir un pequeño altar en su memoria, con una cruz en lo alto en el sitio exacto en donde su cuerpo quedó prensado a bordo de su unidad 68426 de la ruta 6 “Tlaxcoaque-Merced-Jamaica-Chabacano”. Solicitamos permiso a los propietarios de la vinatería “La flor de la experiencia”, que queda a unos pasos del lugar, y levantamos allí el modesto pero sincero monumento.

Al día siguiente de que el padre Evaristo, de la iglesia de Tlaxcoaque, llegó a bendecir la cruz ya se hablaba de los milagros del Johnny. A la semana, colegas de otras rutas habían ya colocado retratos suyos e imágenes de accidentes en las que agradecían al Johnny haberles salvado la vida. Hay quienes aseguran, incluso, haber visto en un taller mecánico su imagen formada por manchones de aceite y diesel en sus muros.

Ahora ya nadie niega el hecho de que el Johnny es amor, y aun cuando tarden siglos en que lo canonicen la Santa Sede o que su Santidad el Papa se digne al menos beatificarlo, todos los operarios del transporte colectivo de la urbe más grande del mundo, la ciudad de México, tenemos y asumimos como nuestro Santo patrono al Johnny, porque él es y será siempre nuestro faro y nuestra guía.

El Johnny es amor.

SANTO CIELO

No necesito esconderme en la modestia para disimular que fui un hombre extremadamente bueno; así que al morir, de acuerdo con los cánones de nuestra Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, mi alma se enfiló sin dificultad alguna hacia el cielo.

El problema, como lo he referido, no consistió por tanto en entrar ahí, sino en permanecer ahí dentro.

Pocos lo saben, pero en el ámbito celeste todo está automatizado... y todo cuesta.

De entrada, al llegar, no aparece la figura de San Pedro para dar la bienvenida, sino que por cortesía de las cerraduras Schlager, se escucha una voz –supuestamente la de dicho apóstol–, que informa las condiciones de la estancia eterna en el cielo, las cuales sin entrar en pormenores significan que a partir de computar las obras buenas y piadosas en el mundo terrenal que se hayan realizado, el alma redimida en cuestión cuenta con un determinado número de bonos que le servirán para sufragar los costes de todo lo relacionado con lo que podría denominarse “el buen vivir celestial”.

Pongamos un caso: por todos los espacios por donde se deambula, se van apareciendo máquinas expendedoras de golosinas y refrescos de cuanta marca existe en el mundo. Beberse una coca-cola significa oprimir un botón e insertar el número de clave del alma; pero para que la chispeante bebida pueda llegar a las manos del solicitante la máquina calcula y prorratea el costo a partir de algún acto de bondad realizado durante la vida; es decir, una coca-cola en el cielo equivale, por ejemplo, a haberle dado de comer a un perro hambriento u ofrecido un mendrugo a un mendigo.

En cambio, si el alma que goza de la gloria divina desea establecer conversación carnal –de la que se privó en la Tierra en su afán por alcanzar la gloria eterna–, entonces la máquina expendedora de sexoservicio calcula y establece que para tener acceso a ello equivale exactamente a un acto de castidad en la vida terrenal o a una muestra de virtud cristiana semejante.

Muchas de las almas, quizás todas, encuentran en ello un acto de justicia divina y se dan por bien retribuidos, puesto que pueden disfrutar de cuanto placer les fue denegado o prohibido sin remordimiento o culpa alguna. El problema, como puede imaginarse, viene cuando los bonos computados comienzan a agotarse, pues entonces el alma en cuestión se encuentra ante una disyuntiva: o privarse eternamente de lo que las máquinas expendedoras le ofrecen o solicitar el reingreso a la Tierra como conciencia de algún pecador empedemido, con lo cual se pueden alcanzar altas cifra en bonos, en caso de que se consiga que el descarriado rectifique el camino de su vida.

Cuando comprendí todo este mecanismo y cuando supe lo que costaba en bonos estar ante la presencia del creador, me di cuenta que mi caso sería realmente patético, pues el cómputo de mis bonos era francamente deleznable en la medida en que fui un hombre bueno porque jamás me atreví a pecar, pero tampoco a hacer nada que valiera la pena.

De manera que opté por solicitar mi reingreso al mundo de los vivos en forma de conciencia de un alma pecadora.

Ahora habito en el alma de un pobre diablo en la ciudad de Las Vegas, Nevada, y todo se parece tanto a lo que ocurre en el aéreo empiro que francamente poco me interesa regresar allá de nuevo.